

## Presentación

Kemy Oyarzún

Al comienzo del conflicto afgano, el presidente Bush insistía que la guerra se instalaba en un "teatro" de maniobras. Con esa eufemística metáfora se pretendía ahora transformar las clásicas imágenes de "campo bélico" en montaje, espectáculo, simulacro de-subjetivado. La espectacularización de las *maniobras* vendría a sustituir a la *guerra*, en tanto ésta connotaba manifestación *abierta* de conflictos, tensiones y sujetos. La guerra se homologaba a mero ejercicio lúdico –macabro juego de ocultamientos y distorsiones. De Chiapas al Plan Colombia y de Afganistán a Palestina, los bombardeos y holocaustos que han incluido por cierto a la población civil remitirían supuestamente a otra parte, a otra "escena". Cuerpos y territorios vulnerados constituirían meras piezas de una representación de maniobras cuya significancia ética se desliza cada vez más fuera de campo, tras la mollicie suscitada por las culturas mediáticas hegemónicas.

Con este nuevo número de *Nomadías* se ha querido develar que el reduccionismo del simulacro bélico –significante del imaginario globalizado– empobrece en esta comparación a las prácticas teatrales y a sus vínculos con lo Real, precisamente "reales" por sus efectos desestabilizadores de sujetos y prácticas culturales colonizadoras, acomodaticias.

Reflexiva y aguda, la entrevista que Viviana Erazo realiza en este número de la revista a Luisa Muraro, la conocida feminista italiana insiste en recuperar la comprensión de los hechos en tanto situaciones que afectan a sujetos concretos, particulares: "no sucede nada si no sabes dónde te encuentras en relación a los acontecimientos. Las cosas le suceden a uno/a en relación a alguien. Y uno/a las asume, las hace suyas, es decir, las sitúa en el horizonte de las cosas que la/lo atañen y de las cuales se siente responsable, en una u otra medida" ("Che cosa cista capitando?"). Asu vez, el texto de Alarcón y Feliciani se centra precisamente en

el proceso de subjetivación protagónica que se produce en aquellas mujeres que se ven forzadas a salir del ámbito doméstico a consecuencia de las situaciones bélicas.

Uno de los más violentos efectos retórico-ideológicos de la guerra afgana hacía coincidir los intereses bélicos neocoloniales con el destino de las mujeres afganas y musulmanas. En este sentido, la tensa e intensa interrogante con que se inicia el texto de Diamela Eltit ("El ladrido digital") adquiere plena vigencia: "¿quién es la violencia que hoy nos atraviesa y no sea teorizable".

Las temáticas y simbólicas convocadas por el presente número de *Nomadías* remiten a algunas de las operaciones capaces de convertir a las mujeres en "trofeo", "botín de guerra", piezas desechables y ostentables en un ordenamiento cuyas resonancias psico-sociales, culturales y políticas pueden difícilmente ser reducidas a un "teatro de maniobras". ¿Qué operaciones de poder sustentaba esa metáfora del simulacro bélico? ¿Cuáles sus tramoyas y artilugios, sus estrategias y estratagemas? ¿Cuáles sus agentes velados? La mirada histórica, latinoamericana y crítica de María Eugenia Horvitz desmantela otro de los artilugios de Bush durante el conflicto, aquél que pretende dividir el mundo en dos "nuevos" campos post Guerra Fría: con Bush o con Alá, o fieles o infieles, o estar con "ellos" o con "nosotros".

Este nuevo número de la Revista *Nomadías* se inaugura con un título que sustenta las marcas del presente y sus tensionadas condensaciones históricas y filogenéticas, "Los tráficos de la violencia: Mujer y Guerra". Los "tráficos" a los que aquí referimos expresan algidos nudos de la simbólica de sexo-género. En más de una ocasión se ha insistido que, en la simbólica vigente, las mujeres son meros signos intercambiados por quienes detentan los discursos, las interpretaciones, las armas. Sin embargo, más allá de la idea de un mero "botín" (mujer/objeto), hemos querido en este número referir a los ejercicios político-simbólicos (procesos) comprendidos en las vicisitudes coercitivas de las construcciones sexo-género, del dormitorio al diván normatizador, del mercado a la guerra, de la familia al Estado y viceversa. Los textos aquí recogidos muestran que no es solo mujer el trofeo. Se trata de poblaciones enteras violentadas, mapas conmocionados por los flujos inciertos y arbitrarios de la plusvalía. Por ello, más

allá de un interés coyuntural, hemos seleccionado intervenciones y ensayos que aporten en el sentido de armar relaciones y cruces para la comprensión de una lógica masculinista, y que al mismo tiempo produzcan perplejidad y "extrañeza respecto a la guerra y al mundo tal cual es" (Muraro).

Los textos aquí reunidos apuntan a la violencia ejercida por el orden civilizatorio heterosexista y patriarcal en el contexto de sus enlaces particulares con las maquinaciones actuales de la industria bélica. Repliegues macro y micro quedan expuestos en esta economía política: intercambios cuya plusvalía se mide en cuerpos cercenados, exualidades de-subjetivadas, territorios y culturas sometidos. Tráficos tanto económicos cuanto bélicos, aquí donde las sangres adquieren valor circulante y geopolítico.

Marina Safi ("Por una vida sin violencia") insiste: "nosotros no tenemos la culpa de lo que pasó en Estados Unidos; nosotros no somos los agresores, sino las víctimas de una guerra que no es santa, sino económica". Al hacerlo, la refugiada afgana pone en evidencia la necesidad de reflexionar la guerra y la intervención desde la perspectiva de un pacifismo activo.

Así, un número como éste, dedicado a reflexionar sobre mujer y guerra nos obliga a poner en el debate la supuesta ética pacifista de las mujeres (su llamado "pacifismo innato"). Sabemos bien que durante la Segunda Guerra Mundial se constituyeron referentes pacifistas panamericanos muy vinculados al surgimiento de los movimientos feministas-sufragistas. Proyectos culturales chilenos como los de Amanda Labarca, Elena Caffarena y Olga Poblete, estas últimas al alero del MEMCH del '35, son claros ejemplos de ello. Para Amanda Labarca la mujer era pacífica por "naturaleza", en atención a su supuesta vocación materna. El hombre, por el contrario, representaba en esta constelación valórico-ideológica la agresividad y la violencia. El imaginario del liberalismo patriarcal hacía una ecuación entre contrato social y contrato sexual homologando estado de bienestar con ciertos conceptos matrísticos abstractos. Sin mediaciones, la capacidad reproductora de la mujer aparecía vinculada al deber ser antibélico. Cierta prosa de Gabriela Mistral ponía esto último de manifiesto.

En la mayoría de los casos, la mujer aparecía como garante de ecuanimidad, equilibrio social y proteccionismo frente a las

arbitrariedades del mercado, del modelo vigente en materia de relaciones sociales y del tipo prevaleciente de orden civilizatorio. La llamada abnegación materna venía a constituirse en eje simbólico de las diferencias sexo-genéricas frente a la guerra, aquí donde el esquema del “pacifismo femenino” reproducía acriticamente la sumisión femenina en una supuesta renuncia *esencial y natural* a desplegar la “voluntad de poder”; ello, puesto que el propio concepto de poder aparecía como una cuestión viril y hasta “impropia” de las marginalidades.

Desnaturalizada la función materna y devuelta a su discursiva performatividad la prófuga “identidad” femenina, la diferencia sexual se separa de tales supuestos, en particular a partir del ‘68, y, nuevamente, en la década de los ochenta. Hoy, nos parece que tanto hombres como mujeres pueden ser –y han sido– cómplices de las guerras a niveles social y filogenético, aunque, dadas las coordenadas de la subordinación, las guerras sean *fundamentalmente* asunto de hombres y capitales. Del mismo modo, psíquicamente, ambos sexos pueden liberar pulsiones agresivas y tántricas, nutricias y eróticas. A su vez, la sumisión y sus contrapartes sublimadas, la abnegación o el autosacrificio, quedaron emplazados ya en los sesenta con los planteamientos sobre las autonomías de los sujetos, el empoderamiento de los subalternos. Últimamente, la noción de “ciudadanía” del propio cuerpo, del sexo y de la sexualidad, termina por dismantelar –aunque más no sea en el plano de la reflexión y de las agendas públicas– la clásica oposición genérica entre pacifismo y violentismo, sumisión y agresión. Los casos de Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Chiapas –por dar solo un par de ejemplos– dejaron esto en evidencia, aunque esa evidencia no fuese siempre asumida. La historiografía feminista ha venido, en fin, demostrando desde mucho antes la participación de mujeres en las guerras de la Independencia, así como la de las soldaderas de la Revolución Mexicana.

En el caso de las heterogéneas visiones musulmanas, la cuestión del empoderamiento de género se ha dado muy vinculada a la batalla por la interpretación, para usar el término de Jean Franco. Según la feminista Shamina Shaik, el Corán puede potencialmente llegar a ser tanto una fuerza de empoderamiento cuanto

una de sumisión para las musulmanas, dado que los conflictos sociales no se "originan" en el libro sagrado. Al proponer su agenda de género al interior de la diversidad del mundo musulmán, Shaik insiste en contextualizar socio-históricamente el Corán. Para ello, abre un amplio espectro de posibilidades interpretativas capaces de responder a las conflictividades socio-genéricas de las culturas musulmanas: "Las feministas musulmanas miran al Corán y al Profeta como una fuerza para la liberación, pero en esta lucha ideológica encuentran enorme oposición y crítica para 'reinterpretar', 'cambiar' el Corán". La coincidencia de esta mirada con los planteamientos de Rigoberta Menchú respecto a la Biblia es notable. En ambos casos se despliegan tensiones y pugnas por la reinterpretación –situaciones que involucran aspectos materiales y simbólicos de las prácticas discursivas. En ambos casos el empoderamiento pasa por incardinar los sujetos, "situar" los discursos y resistir los fundamentalismos.

Desde estas amplias miradas feministas, los discursos que se construyen prioritariamente como verdades absolutas (fundamentalismos) abarcan, entre otros, el sistema Sexo-Género vigente en gran parte del mundo. Es posible imaginar en el Mercado otro fundamentalismo, esta vez neoliberal (Hayek). Otro modo de decir que el Corán no es ni más ni menos "fundamentalista" que la Biblia, ni más ni menos masculinista. Junto a la cuestión de la exégesis androcéntrica que ha prevalecido en las sociedades patriarcales, está el problema de las relaciones sociales que propician las condiciones en las que se enuncian, leen o resignifican los discursos. El feminismo y la teoría crítica han afinado estas percepciones a través de unas cuantas décadas de debates. La batalla por la forma y la lucha por la interpretación son asuntos que involucran aspectos muy materiales –y no solo simbólicos– de la producción cultural: condiciones, materias, instrumentos, canales, relaciones, agentes y políticas. Según una declaración producida en los momentos más álgidos de la guerra afgana por mujeres del Forum Against Sexual Harassment en Delhi, la militarización, la guerra afgana y el fundamentalismo están íntimamente relacionados: "esta no es nuestra guerra. La rechazamos inequívocamente". El documento se plantea en contra de la violencia, tanto en la casa y como en el trabajo, tanto en

la familia como en la nación, develando las economías psíquicas y sociales de las violencias en el entramado de prácticas cotidianas de silenciamiento, violación, pauperización y genocidio.

¿Son uno y el mismo los tráfico desplegados en Afganistán y en Chiapas, en Alto Hospicio o en el cortometraje de Paz Errázuriz titulado "El sacrificio", a cuyas referencias aluden ensayos aquí reunidos?

Este número de *Nomadías* expone perspectivas feministas en torno a la crisis de Medio Oriente (entrevista de Viviana Erazo a Luisa Muraro, textos de Fátima Mernissi, Marina Safi, Paola Bachetta y otras), miradas críticas sobre los eventos del 11 de Septiembre (M. Eugenia Horvitz, Pilar Errázuriz), un dossier sobre los asesinatos de Alto Hospicio construido en base a relatos recopilados por Jimena Silva y comentados por Fanny Pollarolo, Carmen Berenguer, Pilar Errázuriz, Mireya García, Lorena Frías y la propia compiladora. El número recorre también los campos de la antigua Yugoslavia (Cremonese) y los cambios en las tradicionales construcciones identitarias latinoamericanas a raíz de la guerra y el refugio de mujeres guatemaltecas (Alarcón y Feliciani).

Las operaciones de la violencia como estrategias de mercado hacen que las distinciones entre lo privado y lo público, lo ilegal y lo ilegítimo, los cuerpos y las palabras, el sexo y el género, lo masculino y lo femenino, lo nacional y lo global se tornen desgarradoramente problemáticas. Por ello, este número incita a volcarse de nuevo sobre las distinciones, las diferencias y la heterogeneidad concreta de lo social. Los retornos de lo reprimido no son esenciales. Tampoco universales. Los tráfico y las guerras, las conquistas y las tretas colonizadoras son siempre concretas, incardinadas y por ello mismo ellas conllevan renovadas exigencias éticas y políticas de reformulación y resignificación críticas, retornos de las *diferencias*.

Este número cubre un amplio espectro de esas diferencias: intercambios violentos entre personas, tráfico de cuerpos sitiados por terrorismos de Estado. Se trata de registros cuyas distinciones importa destacar, desbrozar, especificar.

En un texto escrito durante la dictadura militar en nuestro país, Ximena Bunster precisó que la violencia de Estado tiene como soporte la primera gran vejación de la humanidad: la violencia

sexual. El peso de lo sexo-genérico en las coerciones, en las relaciones de dominio es indudablemente verificable a través de la historia. No obstante, las homologías estructurales no pueden cegarnos respecto de las diferencias de registro, de códigos, de prácticas y, por lo tanto, de estrategias de resistencia. La teoría de género permite develar que las marcas simbólico-culturales pueden atravesar cuerpos de hombres y mujeres; que la violencia simbólica y material puede provenir de cuerpos de varones y de hembras. Mas, ni toda mujer es *naturalmente* sometida, ni todo hombre es *naturalmente* verdugo. De otro modo, no podríamos explicar el que fuesen mujeres algunas de las torturadoras. En el número anterior de *Nomadías*, el texto de Doris Cooper sobre la "circulación" de las estrategias de coerción sexual en las prácticas intrapenitenciarias es esclarecedor. Allí, lo culturalmente asumido como "femenino" o "masculino" marca desgarradoramente los intercambios entre hombres reclusos. Fluyen las máscaras de lo simbólico. Es cierto. Pero las trazas de esos "flujos", de esos violentos tráficos corporales, son indelebles.

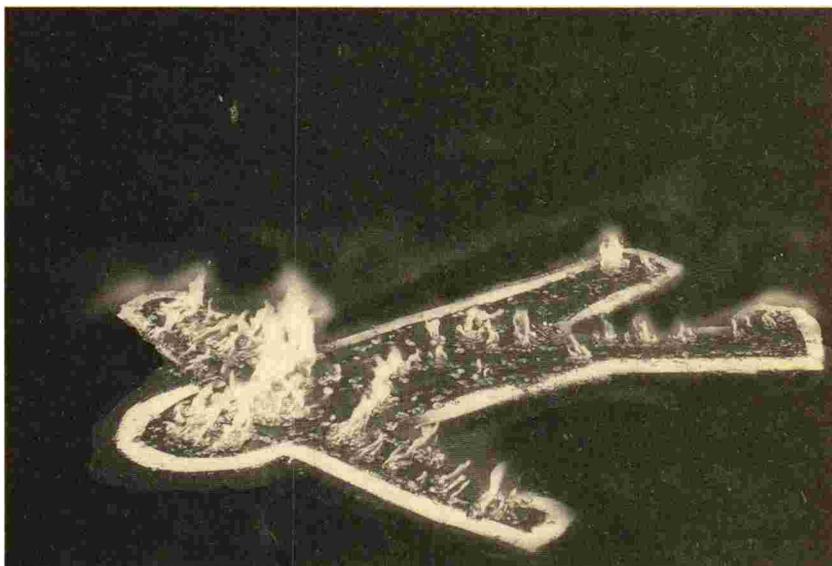
Pese al carácter predominantemente coercitivo de las formaciones estatales, un Estado puede o no ejercer terrorismo; la distinción no es menor. Es difícil que los tráficos de la violencia no ostenten determinadas marcas de sexo, de género, de raza, de nación, de tal o cual proyecto político. Mas, no toda violencia simbólica es directamente física. Las distinciones aquí tampoco son menores. El quehacer crítico radica precisamente en ir desbrozando y delimitando aquellas marcas en el análisis.

Inicialmente, y pese a no tratarse de una revista "periódica", la idea de centrarnos en una temática como la que aquí nos ocupa, surgió de una obvia coyuntura, la guerra desatada por Bush a Afganistán y los atentados del 11 de septiembre. Eventos reminiscentes y por cierto muy distantes de otras guerras del Cono Sur, menos abiertamente declaradas, pero no mucho menos "sucias". El carácter de la revista se avino mejor con miradas más distanciadas que permitiesen instalar un debate cuyo cruce focal fuese propiciar la reflexión y el debate de género en torno a los distintos registros involucrados en la "violencia en la casa" y la "violencia país", violencia simbólica y violencia física.

En este número, al comité editorial se sumó la importante

contribución de Viviana Erazo, cuya larga trayectoria en *Fempres* la convertía en una muy idónea colaboradora para incorporar a las reflexiones críticas más abiertamente académicas aquella otra mirada capaz de sostener el pulso y las perplejidades de lo coyuntural, sin por ello subordinar ni lo reflexivo ni lo crítico. Vayan nuestra acogida y nuestros agradecimientos por su lúcida y cálida contribución.

A partir de este número, esperamos explorar más explícitamente esas zonas liminares del saber que transitan entre lo epocal y lo coyuntural, lo cotidiano y lo académico, lo conversacional y lo científico. Los “dossiers” del pasado respondieron a este objetivo. Hoy, cuando hace escasamente un par de días que se desenterrara otro cadáver en Iquique, el dossier sobre Alto Hospicio pone tozudamente lo coyuntural en el tapete, con sus implicancias jurídicas y valóricas, psico-sociales y políticas. Sin embargo, más allá de la siniestra situación de Alto Hospicio, el actual número de *Nomadías* propone, en su totalidad, la necesidad de nuevos articulados (concretos, históricos, específicos) entre lo privado y lo público, las sexualidades y los territorios, lo local y lo global, en un mapa que de Colombia al Medio Oriente cobra día a día más vidas y hace retroceder en gran parte del planeta los contratos sociales. La innegable situación de impunidad en que se producen estos hechos intensifica la desazón teórico-ética e incita a autocuestionar los lugares, las prácticas, el impacto y los sentidos de nuestros quehaceres.



Agrupación de Plásticos Jóvenes, acción efectuada en la calle Esmeralda, frente al Colegio Médico, con motivo del asesinato del fotógrafo Rodrigo Rojas por los militares. Tomado del libro *Calle y Acontecimiento*, Francisco Sanfuentes (ed.), Santiago, 2001.